

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

Valores y giros a A. Barrera

Redacción y Administr.: PERU 1537

U. Telefónica: 478 - B. Orden

La intransigencia anarquista

Los reformistas no comprenden por qué nosotros mantenemos nuestra intransigencia doctrinaria frente a las realidades históricas. Los hechos consumados tienen para ellos un valor indiscutible y a la realidad sacrifican todo lo que tengan de utópico sus ideas... Son prácticos, positivistas, hombres actuales que viven el momento y tratan de sacar partido del esfuerzo que realizan los trabajadores en su lucha contra la dominación capitalista.

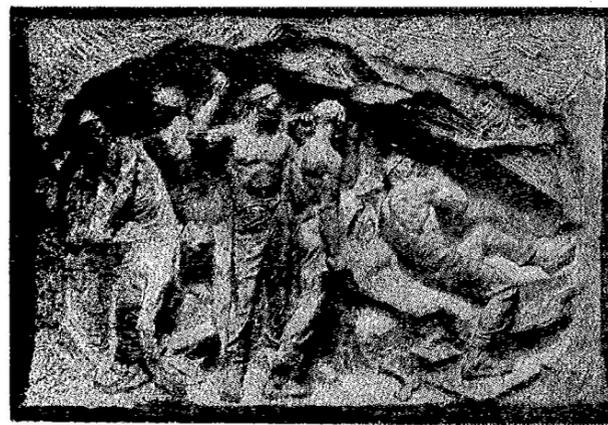
El anarquismo es el polo opuesto de todas las teorías políticas y económicas planteadas hasta hoy por los reformadores sociales. La naturaleza de nuestras ideas impide todo amalgamamiento con las demás tendencias revolucionarias. Existe un punto vital que aleja a los anarquistas de todo contacto con los partidos de la democracia social, aun con aquellos que actúan en el mismo plano de acción y propician los medios violentos para destruir las instituciones políticas y económicas del capitalismo. El criterio autoritario, estatal, de los socialistas, es irreconciliable con los principios antiautoritarios y antiautoritarios de los anarquistas.

Si en la lucha inmediata pueden existir puntos de contacto entre una y otra tendencia y hasta en un momento de peligro es posible la alianza de todos los grupos revolucionarios, no por eso renuncia cada parte a imponer su punto de miras. Y, lógicamente, la guerra comienza entre las fracciones ideológicas, máxime si el factor burgués ha dejado de representar el punto de ataque de las fuerzas de oposición formadas en el seno del proletariado.

El anarquismo no es una simple tendencia anticapitalista. Es un principio moral, una concepción filosófica de la vida, que trabaja sobre la realidad una nueva civilización y un nuevo progreso. Y ese punto intransigente de las ideas anarquistas: la destrucción del Estado, es el que aleja al movimiento anarquista de las fracciones políticas revolucionarias que buscan únicamente la reforma de los organismos estatales y la substitución de las clases dominantes por las clases dominadas.

Los anarquistas no pueden transigir en ese punto capital: la lucha contra el Estado hasta su total extinción. ¿Comprendéis por qué mantenemos la misma actitud frente a los gobiernos absolutos, a los que se califican como democráticos y a los que alegan el poder de la clase trabajadora para justificar sus atropellos a la libertad y al derecho del hombre?

Entre los revolucionarios que bus-



Escultura de C. Mennier

LA MINA

¿Cuál es, para los obreros de la mina, la recompensa de tantos peligros y de tantas fatigas? No tienen, sobre ella, derechos positivos, sólo tienen rudimentos de derechos. En la mina sufren, en la mina mueren, yendo una gran parte del producto de su trabajo a engrasar el capital ocioso. Atravesan las profundas galerías, desencadenan, al contacto de su pico o con la presencia de sus lámparas, las fuerzas de destrucción que apiastan bajo la tierra o abrasan con sus llamas a centenares de hombres. No tienen la satisfacción de poder decir: "esta mina es nuestra, pertenece a los trabajadores, y en la perpetuidad de la propiedad social nuestros hijos y los descendientes de nuestros hijos hallarán siempre en ella una garantía de bienestar y de dignidad". No, no pueden decir eso, pues la mina pertenece al capital, no a la comunidad del trabajo. Esta mina, donde sufren y sucumben; esta mina, que es a la vez taller y siniestra tumba, es estimada por ellos a pesar de todo, pues el hombre ama a todo aquello a que se entrega. ¿Pero cómo la estimarían, cómo la adorarían, si fuese la ciudad subterránea del trabajo libre y de la justicia social? Hasta las catástrofes serían menos crueles si únicamente fuesen imputables a la naturaleza, si la humanidad hubiese rechazado todos sus esfuerzos para prevenirlos. Lo terrible es, decir, ante nuestros muertos, que la sociedad no ha sido justa con ellos. — JAURES.

can el cambio de gobierno y los que sostienen la eliminación de todos los gobiernos, existe una enorme diferencia. Y esa misma distancia es la que nos separa a nosotros de los bolcheviquis constructores del llamado Estado proletaria. Ellos van buscando el perfeccionamiento de lo que nosotros queremos destruir totalmente. La diferencia es bien visible hasta para los que sufren miopía cerebral.

Nombres patronímicos

En el orden político, se han creado dos nombres patronímicos: Berna y Moscú. Se trata de dos corrientes de opinión que dividen al socialismo en dos grupos al parecer distintos: el reformista y el revolucionario. Pero en el fondo, esas clasificaciones no interpretan más que la vieja modalidad parlamentaria y bolcheviqui. El socialismo es uno en su esencia: radica todo el problema social en la conquista del poder y en la conservación de la unidad Estado.

Sindicalmente existen también las dos clasificaciones: Amsterdam y Moscú. Pero esos nombres no representan en realidad dos tendencias opuestas. Son, por el contrario, la expresión de las dos modalidades del reformismo, que responden a la influencia de una u otra fracción del socialismo.

Existe una tendencia sindical revolucionaria — el anarco-sindicalismo — que no tiene un nombre patronímico que la represente internacionalmente. Y hay también una tercer tendencia — la presentante — que carece de esa representación internacional. ¿Cómo es posible, pues, que se pretenda reducir la cuestión a la simple competencia entre Amsterdam y Moscú?

Tenemos, como quien dice en casa, un ejemplo de la insuficiencia de esas representaciones internacionales. La fracción "comunista" propicia la adhesión a la Sindical Roja, de los organismos obreros del país. Los sindicalistas, si bien no se atreven a defender a la Internacional de Amsterdam, combaten la de Moscú, sosteniendo la necesidad del neutralismo. Y los anarquistas están en guerra abierta con Amsterdam y Moscú. De constituirse una nueva internacional ¿es posible la adhesión a la misma de las fracciones sindicalista y anarquista? De ninguna manera.

Los nombres patronímicos nada significan como representaciones fieles de los movimientos proletarios de los diversos países. Amsterdam o Moscú, son igualmente dos nombres que carecen de contenido para el movimiento revolucionario de la clase trabajadora organizada.

Trabajadores: Leed
LA PROTESTA

COMERCIO, SALARIOS Y COMUNISMO

Por medio de la diplomacia revolucionaria, los bolcheviquis son capaces hasta de poner de acuerdo a Moisés con Marx, o a éste con aquél. Se trata de un recurso muy útil para un gobierno nacido de una convulsión popular y que debe, por lo mismo, conservar su carácter proletario.

Desde Brest-Litovsk a la fecha, fueron muchos los casos de diplomacia revolucionaria aplicada a la solución de múltiples problemas económicos y políticos. La organización militarista del ejército rojo, la imposición de una jornada de labor, el establecimiento de varias categorías de salarios, la libertad de comercio, etc. etc., representaron los hechos salientes de la gestión gubernativa de los bolcheviquis, sin que por ello hayan dejado de afirmar que por ese camino iban derechos al comunismo.

Si para los ideales internacionalistas resulta paradójico esa organización militarista del ejército rojo, no es menos absurdo eso de mantener el régimen del salario — la explotación comercial e industrial por parte del Estado o de instituciones privadas — como algo fundamental para la evolución del capitalismo al comunismo en un período revolucionario.

Una Rusia con comerciantes, con asalariados, con patrones y obreros, con ricos y pobres, no puede considerarse como la legítima heredera de la revolución. Será la Rusia de los bolcheviquis comisarios y de los políticos comunistas, pero no la Rusia del proletariado libre del yugo capitalista: la Rusia de los idealistas y de los filósofos, de los enemigos del Estado y de los propulsores de la subversión libertaria, que ostranguló el poder en sus brazos de hierro...

FRAGMENTO

Los trabajadores son esclavizados por el gobierno y por los ricos.

Pero ¿qué son esos hombres que forman el gobierno y las clases ricas? ¿Qué son? ¿Son héroes cada uno de los cuales puede vencer a centenas y millares de trabajadores?

¿Son acaso tan numerosos? ¿Son tan pocos los pobres? O bien, esos hombres, los ricos y los gobernantes ¿son los únicos que producen todo lo necesario para la vida?

Ni una ni otra cosa: esos hombres no tan sólo no son héroes, sino que, por el contrario, son seres degenerados e impotentes.

No solamente esos hombres no son muy numerosos, sino que hasta son millares de veces menos numerosos que los obreros; y todo lo que es necesario para la vida no es hecho por ellos, sino por los obreros, y los ricos y los gobernantes ni saben ni quieren hacer nada; ellos solamente devorarán todos los productos del trabajo de los obreros.

Entonces ¿por qué, pues, eso pequeño número de hombres débiles, que no saben ni quieren hacer nada, domina a tantos millones de trabajadores?

León TOLSTOI.

Comentarios

PLUMAJE AJENO.

Para batir con éxito a sus enemigos — los "comunistas" — que dominan en el Comité Pro Unidad y amenazan quedarse con la vieja camaleona, los gajos del sindicalismo criollo se cubren con plumas ajenas y se contornean como pavos reales. Y hoy que ver cómo exhiben la policromía del plumaje prestado, creyendo sin dudar que va a destembar a los rabones pataletos del "comunismo".

Desde el órgano de la ex C. O. R. A., un camaleón desdentado y llorón, intenta la apología de la vieja camaleona, hoy enferma de apolitismo y postrada en el desvanecido camastro. Pero confunde lamentablemente la historia de la vieja inútil, y hasta da a conocer una fe de bautismo que no es la suya, olvidándose de la nodriza que la amamantó cuando apenas chupaba entre el barro de la charca socialista.

Se trata de un lamentable error, que es necesario aclarar para bien de la historia. La vieja camaleona nació gracias al aglutinamiento de los socialistas y de los sindicalistas. Su nombre de pila fue Unión General de Trabajadores y, al confirmarla, se cambió por el de Confederación Obrera Regional Argentina.

De lo que habla el camaleón viejo, no es de esa Unión o Confederación, que sólo dejó malos recuerdos en el proletariado, sino de la F. O. R. A., que nada tiene que ver con la vieja camaleona.

Aclaramos estos puntos para disipar ciertos errores, derivados de esa falsa relación histórica. Nada tiene que ver, lo repetimos, la histórica F. O. R. A. (hoy Comunista) con la ex U. G. de T. y ex C. O. R. A., que hoy usa ese nombre que usurpó en la falsa unificadora llamada IX Congreso.

Se trata de un error histórico, o de una mentira calculada para someter la historia al capricho de esos gajos que se adornan con plumas ajenas. Si le apetece ese plumaje ajeno a los sindicalistas, se quedarán más pelados que los mismos bolcheviques criollos. Sin plumas y cacareando, como el gallo de Jordán.

Parábola del encamaleamiento

Hacia un calor sofocante. Un hombre vivió en la falda de un ribazo una vida cargada de racimos, y como tenía sed, concebió el deseo de apagarla con el fruto de la vida.

Más, entre ella y él, se extendía un pantano fangoso que era indispensable atravesar para llegar al ribazo, y el hombre no se atrevía a hacerlo.

Acosado por la sed, sin embargo, se dijo: Quizá el pantano no sea muy profundo. ¿Qué peligro hay en que yo lo explore, como lo habrán hecho ya otros? No manchará más que mi cazado y el daño, después de todo, no será mucho.

Dicho y hecho. Entra en el pantano y su pie se hunde en el cieno infecto, que bien pronto le llega hasta la rodilla.

Entonces se detiene, vacila, y se pregunta si no le convendría más volverse. Pero la vida está a la vista y por otra parte, siente que su sed aumenta.

— ¡Por qué — se dice — después de lo que he alcanzado he de volverse atrás? ¿Qué puede sucederme? Por un poco más o menos de fango no vale la pena de detenerme y por lo demás, nada me impedirá lavarme en el riachuelo...

Este pensamiento lo decide. Avanza y cuanto más anda, más se hunde en el fango. Primero es la cintura, después el pecho, luego el cuello; luego los brazos y el fango, el fin, le cubre la cabeza. Alargándose, un esfuerzo desesperado lo salva y lo pone al pie del ribazo.

Quilibrado de un lado negro, que patea de todo su cuerpo, alcanza el fruto codiciado y como hasta hartarse. Después, lucido por el calor y avergonzado de sí mismo, se despoja de sus vestidos y busca con ansia un poco de agua clara donde lavarse.

Pero aún después de haberlo hecho conserva el hedor; el vapor del pantano ha penetrado en su carne y sus huesos, y lo cubre incansablemente, formando a su alrededor una atmósfera fétida e insuperable. Adonde quiera que se aproxima todos se alejan, diciendo:

"Pues se ha convertido en reptil, ya va a vivir entre reptiles".

LAMENNAIS.

La resurrección del sindicalismo revolucionario en Francia

Al finalizar el año 1921:

A principios de diciembre de 1921 se conservaban en Francia, en pie, aunque no con toda la fortaleza que sus defensores deseaban, la C. G. T. representando a Amsterdam y los C. S. Revolucionarios que respondían a Moscú. A últimos del mismo mes y al entrar en el año de 1922, Amsterdam y Moscú aparecieron mordiéndose el polvo de la derrota. ¿A qué se debe semejante mutación? ¿Cómo debemos explicarnos este cambio repentino en el panorama del proletariado organizado francés? Procuremos esclarecer algunos antecedentes referentes al caso, pues lo que acaba de pasar en Francia encierra utilísimas lecciones para el proletariado mundial. Ante todo, surge de la bancarrota de la C. G. T., caída durante la guerra en el más vergonzoso reformismo, y del cambio de frente de los C. S. Revolucionarios apadrinados por los representantes del comunismo de Moscú, que lo esencial es la buena propaganda, más esencial que la organización misma, pues mientras ésta es susceptible de experimentar trastornos, decaimientos, golpes de muerte, etc., las ideas sembradas no pueden menos que dar su fruto, y a ellas no se les puede matar como se mata la organización, según que convenga o no a la clase dirigente: ¿Qué logrará la inquisición española contra la C. N. del T.? Podrá deshacerla momentáneamente, pero al primer respiro renacerá de nuevo más potente porque su existencia responde ya a una mentalidad creada en los trabajadores. Nuestra F.O.R.A. debe igualmente estar advertida que lo que de ella es indestructible es la propaganda que desarrolla entre las masas obreras. En esa propaganda es donde ha de fundamentar su fuerza, no en el mayor o menor número de sindicatos adheridos. Si esto constituye su norma de conducta principal, nada podrá temer en lo sucesivo; pues nadie logrará deshacer su obra si no es con otra labor más revolucionaria.

En Francia, durante 7 años, el sindicalismo revolucionario había desaparecido de la superficie de las luchas sociales. Pero había quedado la semilla de la primera: internacional bakouninista y del federalismo de las bolsos de trabajo, y era preciso que de un momento a otro, renaciera lo que la guerra y la tradición habían querido estrangular para siempre.

Al finalizar el año 1921, floreció ruidosamente, renació llena de pujanza y de vida la concepción del sindicalismo federalista y anarquista, que los funcionarios de la C. G. T. y los oportunistas de la I. S. Roja se habían imaginado muerto definitivamente.

La "fusa" en que entra el proletariado organizado de Francia viene a dar impulso universal a la tesis federalista que sostienen los anarquistas en las organizaciones obreras y a la internacional de los sindicatos de tendencias anarquistas. El "sindicalismo" francés vuelve a incorporarse a la vida revolucionaria, contra Amsterdam y contra Moscú; y esto significa una "derrota" incalculable para Moscú y para Amsterdam.

Una juventud trabajadora e inteligente.

El sindicalismo francés dió tal vuel-

to, además de la fuerza de la tradición revolucionaria, hay que tener en cuenta la labor desplegada por una juventud llena de bríos y de entusiasmo que multiplicó el año pasado sus esfuerzos en el periódico y la tribuna para despertar a los trabajadores de Francia a la verdadera orientación revolucionaria. La obra desarrollada por ese grupo inteligente y laborioso de anarquistas es grandiosa, pero al fin vencieron a los burocratas confederales y derrotaron a los "leaders" de la Sindical Roja de Moscú. Ante ellos tuvieron que humillarse y ceder las grandes personalidades del sindicalismo, de reputación universal, y que apenas se dignaban, con gesto despectivo, desde el pedestal de su posición distinguida, tener en cuenta a nuestros jóvenes camaradas, que resucitaron a Pelloutier, que enarbolaron como una bandera la resolución de Amiens, que tuvieron en Lille su primera batalla contra los ases de la burocracia confederal y contra los más ilustres defensores de la subordinación de los sindicatos al partido político comunista y que, fortificados en sus convicciones anarquistas no retrocedieron ante ningún obstáculo y llevaron su entusiasmo y su audacia a todas partes donde bajo la máscara de los intereses del proletariado se ocultaba el agente de la burguesía o el falso revolucionario.

El renacimiento del sindicalismo tradicional francés, no el sometido a la orientación de los socialistas, sino el que aprobó la resolución de Amiens, el que expuso Bakounin y el que difundió Pelloutier, el que se manifestó en los manifiestos de Lille y el que acaba de quebrantar el coloso de la calle Lafayette (el Bureau de la C. G. T.) y el que hizo a los C. S. R. retirar su adhesión a Moscú e inclinarse hacia la tesis federalista, corresponde, aparte de la predisposición creada por cincuenta años de propaganda, a la juventud anarquista francesa.

El Congreso Unitario de la C. G. T. Mil quinientos veintiocho sindicatos estuvieron representados en el congreso de la C. G. T. convocado para resolver la situación insostenible de los sindicatos integrantes de dicha institución (descontados de la adhesión a Amsterdam y del apoyo prestado al Bureau del Trabajo de Ginebra. La burocracia confederal desconoció dicho Congreso porque en él predominaban los elementos adversos. El Congreso les envió una delegación con el siguiente pliego de reivindicaciones:

"Abandono de todos los motivos de exclusión de los sindicatos minoritarios, reintegración de los excluidos, reconocimiento de la Federación ferroviaria, una comisión de control para examinar la marcha administrativa del Peuple, el abandono de la Internacional y del Bureau Internacional del Trabajo".

Al ir a buscar la respuesta, la comisión nombrada al efecto se encontró con las puertas del Bureau confederal cerradas y custodiadas por la policía. Entonces, a pesar de la moderación y de las dilaciones propiamente por Monneton y Monatte los congresales prorrumpieron en gritos de aclamación a la nueva C. G. T. que debía levantarse allí mismo. Monatte se opuso furiosamente a la sesión, de acuerdo a la tradición de Moscú en sus relaciones con las organizaciones

obreras, pero el compañero Colomer venció las resistencias y se aprobó una resolución en la que se consagraba la ruptura con los burgueses de la calle Lafayette y se constituía la C. G. T. adherida a la resolución de Amiens. La adhesión a la resolución de Amiens, calurosamente defendida por los anarquistas, fue un triunfo de que podemos enorgullecernos. En Francia es un paso considerable que tiene una significación clara: la caída del punto de apoyo que en la C. G. T. tenía la burguesía chauvinista y la orientación revolucionaria del sindicalismo.

Como culminación de las tres laboriosas Jornadas del Congreso Unitario, es decir del congreso escisionista, puesto que la unificación no puede hacerse a base de amalgama sin unidad ideológica, la elección de la comisión administrativa y del Bureau confederal fue todo un triunfo para nuestros compañeros: 1528 sindicatos, al elegirlos en mayoría para la C. Administrativa de la C. G. T., han hecho profesión de fe federalista y antipolítica. He aquí la semilla del futuro florecimiento de una fuerte potencia sindical revolucionaria en Francia.

El Congreso de los C. S. R.

El Congreso de los C. S. Revolucionarios, donde había más de mil sindicatos representados fue otro clamoroso triunfo anarquista. Rosmer, en medio de un silencio sepulcral defendió a la Sindical Roja y al partido comunista. Le contestó Wilkens, y Monatte, como acto de protesta abandonó en la mayor indiferencia la sala. Quinton, Veber, Cateau, etcétera, todos estuvieron de acuerdo en que la adhesión a Moscú es una aberración del sindicalismo revolucionario. Se aprobó por mayoría grandiosa la independencia del sindicalismo, la organización federalista y el nombramiento de nuestros camaradas Veber y Lebony para la secretaría de los C. S. R.

El repudio a Amsterdam y el rechazo de la tesis de Moscú marcan un principio alentador del renacimiento del sindicalismo revolucionario francés.

D. Abad de SANTILLAN.

ANARCO-BOLSHEVIQUIS

El nombre sonará, probablemente, en el oído de cualquier anarquista como algo chocante y absurdo. Pero es un hecho: en Rusia hay anarquistas, que trabajan e influyen y que son conocidos con el nombre de anarco-bolcheviques.

Digo anarco-bolcheviques y no anarco-bolchevismo, porque no hay tal anarco-bolchevismo, no habiendo más que anarco-bolcheviques.

Perfídicos, literatura y fundamentos ideológicos no tienen los anarco-bolcheviques, y por eso no existe el anarco-bolchevismo como fracción. Los anarco-bolcheviques son anarquistas aislados, los cuales se plegaron a los bolcheviques por su propia voluntad, y siguen con ellos, considerándose al mismo tiempo como anarquistas.

Sin un plan determinado, no siendo responsables más que por sí solos, trabajan estos anarquistas en distintas ramas, encontrándose más de una vez en condiciones completamente anormales.

Rusia no tiene hombres, a pesar de sus 150 millones de habitantes. No hay un solo partido que tenga la suficiente cantidad de hombres para gobernar a todo el país, viéndose obligados, por lo mismo, a saltar las mismas personas de un extremo a otro del país, cumpliendo las misiones más distintas. Así vemos a Trozky, hoy de dictador de abastecimientos, comisario de transportes al otro día, y ministro de guerra al tercero; por eso es Joffe hoy embajador



EL INFIERNO CAPITALISTA

en Alemania, delegado de paz en Riga, y al mismo tiempo en misión de ayuda a los hambrientos de Europa Central; de ahí que Krassin sea el representante en Londres, en Berlín y delegado al congreso de cooperativas en Basilea.

Según el catecismo bolchevista, no tiene la persona importancia alguna en la historia; todo el lastre pesa sobre la colectividad, que lo es todo. Pero nadie demostró tan palpablemente que la persona sí tiene su valor, y bien grande por cierto, como los bolcheviques mismos.

Cuando cada algún bolchevique activo por la balta o el puñal de la guardia blanca, todo el partido sentía la pérdida. La pérdida se palpaba sencillamente con las manos. Y no en vano iniciéase el terror rojo después de que han sido asesinados en Petrograd los bolcheviques de importancia como Uriskí y Volodarski. Era a veces imposible llenar los claros que dejaban los jefes caídos, porque eran contados los que podían hacerlo.

No es de extrañar, entonces, que toda vez que un anarquista se les ofrecía y especialmente cuando era conocido y se declaraba solidario con ellos, era recibido por los bolcheviques con los brazos abiertos. Estos anarquistas gozaban de toda la confianza de los bolcheviques y con frecuencia ocupaban los puestos más altos, sin exigirles siquiera que se afiliaran al Partido Comunista.

Cada uno de ellos justificaba diferentemente el por qué de sus relaciones y colaboraciones con los bolcheviques. La mayoría de ellos se plegaron a los bolcheviques recién después de quedar reparados los centros del país por los diversos frentes de batalla, que se formaron a raíz de la guerra civil, no pudiendo por lo consiguiente relacionarse con los centros intelectuales del anarquismo, ni saber lo que sucede.

Peró también hay anarquistas que trabajaron con los bolcheviques desde la revolución de octubre. Uno de ellos, sino

el primero, es el bien conocido camarada Vladimir Shatoff.

No sé si Shatoff es miembro del Partido Comunista. Creo que no. Aquí describiré todo lo que sé de él desde el momento en que nos reunimos hasta que fuimos separados por la aventura brutal de Kolchak.

Una vez en Petrograd, de vuelta de América, entró Shatoff a trabajar en la imprenta del "Kopeika" en calidad de cajista. Muy pronto entró a formar parte en el comité de usinas y fue designado delegado al congreso de los comités de usinas de toda Rusia, congreso en el cual también participó Trozky, asumiendo un papel importante. Al mismo tiempo Shatoff y los demás camaradas, ponían en juego todos los medios para empezar a editar el "Golos truda" en Petrograd.

Cuando el "Golos truda" apareció finalmente en agosto de 1917, fue designado Shatoff administrador de dicho periódico, que era órgano oficial del "grupo de Petrograd de propaganda anarco-sindicalista".

Pasó como medio año. Seis meses tempestuosos que quedarán en la historia. Durante este tiempo, adueñáronse los bolcheviques del poder. El país tomó otros rumbos. Shatoff seguía trabajando en el "Golos truda". Pero de pronto empezó a vacilar la guardián de Helsingfors: hubo peligro de que se levantara contra los bolcheviques y Shatoff es invitado por Lenin a ir a calmar y convencer a la guardián. Shatoff se va a Helsingfors y después de un discurso fogoso en su estilo popular, gana la guardián para la causa bolchevique en un par de horas.

Mientras se vino oclama el "ni paz ni guerra" de Brest-Litovsk. El general alemán Hoffman marchaba sobre Petrograd. En la capital reinó el pánico. Los enemigos de la revolución danzaban de alegría en las calles, con la esperanza de ver de un momento a otro el fin de

los bolcheviques y de la revolución. Se llegó al extremo que la milicia roja tenía que dispersar la multitud en las calles.

Todo revolucionario que estaba en condiciones de llevar un arma, se presentaba al instituto Smolny y entraba en alguno de los batallones que allí se formaban. Casi todos los miembros del grupo "Golos truda", encabezados por Volin, partieron al frente. Shatoff se presentó al instituto Smolny, ocupando el puesto de jefe del estado mayor de Petrograd.

Para seguir sacando el "Golos truda" fueron designados el que escribe estas líneas, A. Shapiro, Rajochi, Alfa, Sanko, resinoff, y Gregorio Maximoff, el que está actualmente recluido en la Butirka de Moscú.

Desde entonces no volvió más Shatoff con los anarquistas.

Una vez arreglados con los alemanes, relevaron los bolcheviques a Shatoff en su puesto de jefe de Petrograd, designándole para ocupar el puesto de jefe de la guardia militar del ferrocarril del Norte de Arcángel: Petrograd, Moscú, Jaroslavl hasta Viatka.

Fue también durante un corto espacio de tiempo comandante de las fuerzas de Petrograd. Y cuando la guerra civil contra Kolchak y Denikin estaba en su apogeo, fue designado Shatoff comisario político en el sexto ejército bolchevique. Comisario político es el representante del gobierno en el ejército: su palabra vale más que la del jefe militar.

Una vez acabadas las aventuras de Kolchak y Denikin, cuando en Siberia, debido a la situación delicada por la permanencia de los japoneses, resolvieron los bolcheviques crear una república democrática con un gobierno de coalición, fue designado anteriormente Shatoff para negociar con el general japonés Tachibana, quedando después como ministro de transportes en la república del Lejano Oriente, cuya capital es Chita. Este puesto lo ocupa Shatoff hasta el día de hoy.

Recuerdo como enseguida después del desarme y fusilamiento de los anarquistas en Moscú, abril 1918, lo interrogué si en señal de protesta por los hechos inicuos de los bolcheviques no renunciaría del puesto de jefe del "cuerpo bolchevista de gendarmes", como el mismo lo había bautizado, nos respondió que no renunciaría, porque hay anarquistas contra los cuales no se puede proceder de otra manera.

En cuanto estoy enterado, sigue Shatoff, aun ahora, considerándose anarquista. Justifica su colaboración con los bolcheviques diciendo que es el momento de hacer obra práctica y no de hablar. El trabajo principal es restaurar el orden en el país y a esto se dedica Shatoff en los últimos cuatro años. De ahí que no puede protestar de que sus camaradas íntimos como Volin, Jarchuk y Maximoff estén encarcelados: ellos lo merecen, desde el momento que violaron el orden.

Shatoff es contrario a trabajar como un topo debajo de la tierra. Cree, que se puede hacer más por los obreros marchando por caminos abiertos, amplios, prácticos.

Ahora trabajan bajo su vigilancia los obreros ferroviarios en Lejano Oriente, de 12 a 18 horas diarias, cobrando muy bajos salarios, no porque no les quieran pagar más, sino porque sencillamente no hay para darles más. Hay que trabajar por el país, restaurar el orden, y para eso trabaja Shatoff.

Sobre Shatoff arrojan toda clase de envenenamientos y todo, lo incluyen de aventurero y entrista. Yo no participo de estas opiniones; yo considero a Shatoff como un abogado anarquista y revolucionario, que cree que la implantación del anarquismo es un problema complicado y que, mientras tanto, hay que ayudar a los bolcheviques en su lucha contra la contrarrevolución y el desorden.

Otro anarco-bolchevique es el compañero médico Alfordon Slonkevich, el cual antes de la revolución residió en Baltimore. En América era Slonkevich uno de los sostenes y colaboradores del "Golos truda". Actualmente es viceministro de Instrucción pública en la república del Lejano Oriente, en Chita.

Cuando Slonkevich llegó de América a Vladivostok, se instaló en aquella ciudad.

dad. Había allí unos pocos anarco-sindicalistas, y él se sentía arrancado del verdadero movimiento sin saber casi nada del movimiento anarquista en Petrograd y Moscú. Dedicóse a hacer propaganda revolucionaria, ocupando muy pronto un puesto importante en el soviet de Vladivostok. Fué designado administrador del departamento sanitario de aquella región, no bien los bolcheviques se instalaron allí.

Pero Stenkevich no tenía suerte: al poco tiempo de estar en su empleo, iniciaron los checo-eslovacos su campaña en Siberia: el soviet fué dispersado y los bolcheviques tuvieron a las sopas (especie de colinas cubiertas de bosques en Manchuria), a las montañas, iniciando la famosa campaña de guerrillas.

Stenkevich se vio en la necesidad de ocultarse y se internó en las montañas. Allí realizó trabajos asombrosos como médico y como organizador, y cuando Kolchak, después de una larga y cruel lucha, fué aniquilado y Stenkevich volvió libremente a Vladivostok, escribían hasta los diarios burgueses liberales, que si no fuera por la abnegación y sacrificio de Stenkevich cientos de guerrilleros se hubieran muerto.

A mí me arrojó el destino a Siberia durante el levantamiento de los checos. Y cuando yo en octubre de 1918 llegué finalmente a Vladivostok, me denunciaron — la costumbre inventada del sedito ruso — y los checos me encerraron en la fría y sucia cárcel de Vladivostok. Allí me encontraban yo cuando Kolchak dispersó al directorio en Omsk y expulsó a los social-revolucionarios Akcentieff, Sencinoff y Rogovsky.

La cárcel estaba repleta de guardias rojos, bolcheviques, social-revolucionarios de la izquierda y anarquistas. Los alimentos corrompidos que nos daban no alcanzaban para mantenernos. En vista de ello nos mandaba la "Cruz roja obrera" de la ciudad, de vez en cuando, bizcochos y azúcar. Mis compañeros en libertad, llegaron a saber por medio de esta institución, que yo estaba preso. En febrero de 1919 salí, pero no ya de la cárcel sino del hospital municipal, donde me habían llevado del hospital de la prisión. Entonces reinaba la epidemia del tifus y muy pocos se escaparon de ella.

Stenkevich entraba a menudo clandestinamente en la ciudad, donde supo que yo estaba en Vladivostok. Se entrevistó con los anarquistas-comunistas que se habían casualmente donde yo me encontraba, hasta que por fin nos pudimos ver. Y aquí se presentó ante mí una de las innumerables tragedias anarquistas. Stenkevich me dijo que aun sigue siendo anarquista, el mismo de antes, pero que le era imposible colaborar con los anarquistas-comunistas, que trabajan en "el vacío", sin ton ni son, no reconocen los sindicatos y están contra los soviets. Las circunstancias obligan a trabajar con los bolcheviques, so pena de ver a los kolchakistas ocupar para siempre la región de Vladivostok.

Stenkevich había venido aquella vez con una proposición y plan que presentó a los bolcheviques que habían quedado en Vladivostok, para un levantamiento común contra Kolchak y los checos. Al mismo tiempo tenía que iniciar Kramochekoff la lucha en la región de Amur, la que efectivamente había empezado, pero la que no podían secundar los de Vladivostok por diversas circunstancias. Desilusionado volvió Stenkevich a las montañas, donde llevó una lucha sobrehumana contra Kolchak, los checos y japoneses. Y aunque arrestaron a su mujer y a sus dos hijos dejándolos en calidad de rehenes, siguió él la lucha imparable en unión de los voluntarios guerrilleros. Por último pusieron en libertad a su mujer, limitándose a reducir su casa a escombros y destruir sus instrumentos de médico, que había llevado de Norte América y que en Rusia eran inapreciables.

Yo me trasladé a Nicolai-Ussisk, donde estaba empleado en el ferrocarril, hasta que Kolchak fué derrotado (enero 1920). De Vladivostok lo hecharon recién a principios de febrero.

Los bolcheviques eran los verdaderos dueños del gobierno, a pesar de ser oficialmente el gobierno de los social-revolucionarios; los voluntarios volvieron de las sopas y con ellos el doctor Stenkevich. Al poco tiempo se fué al distrito de Aiginsk, donde fué ante maestro.

Allí fué uno de los miembros más activos del comité ejecutivo. Fué después enviado por el comité central del Partido Comunista del Lejano Oriente, a Frararovsky, para encarrilar allí el trabajo donde no pudo quedarse por mucho tiempo por haber empezado los japoneses, en la noche de 4 a 5 de abril de 1920, a desarmar al ejército ruso en todo el distrito marítimo comprendido entre Vladivostok y Jrararovsky. Fué una lucha terriblemente sangrienta, que costó miles de víctimas. Fué degollada casi la mitad de la población de Jrararovsky, salvándose como por un milagro Stenkevich y su familia, dejando en Jrararovsky los pocos útiles de médico y objetos que tenía.

Nos encontramos en el tren que iba a Vladivostok; el tiempo era pésimo; la situación desesperante. Hablamos en inglés, para evitar ser oídos por los espías rusos y japoneses que estaban en todas partes.

Stenkevich me dijo que se afilió al Partido Comunista, a pesar de lo cual sigue siendo anarco-sindicalista. "Es muy difícil trabajar entre los obreros y campesinos cuando no se está afiliado al Partido Comunista; por la unidad y para que la lucha tenga éxito, debemos obrar en unión de los bolcheviques". Yo nada le dije a sus débiles justificaciones.

Militarismo, Comunismo, Antimilitarismo

Por PIERRE RAMUS

IV
Con estas nociones, el antimilitarista en sus tareas, se opondrá en el futuro próximo a un nuevo problema: el del armamento del proletariado, como el punto de vista marxista de la conquista del poder difundido en la masa del pueblo y encarnado por la Tercera Internacional.

Ninguna ayuda sembró más confusión ni prestó a la reacción un apoyo tan eficaz como esa. Es enormemente obscura, ambigua, y en general, sólo responde para reforzar el principio militarista en lugar de arrancarlo sus armas.

Considerada desde el punto de vista revolucionario, esa fórmula ideológicamente, sin otras premisas, ve en el proletariado una masa homogénea, la que sólo porque es proletariado debe ser revolucionaria y puede dirigir sus armas únicamente al servicio de la revolución. Una concepción semejante no tiene en cuenta que en todas las guerras modernas y particularmente en la guerra mundial los contingentes armados son en gran parte proletariado. No obstante, se ha demostrado en su mayoría un débil instrumento de la bestialidad criminal de la guerra.

El proletariado ni constituye una masa unida ni sus intereses de clase son enteramente de una naturaleza homogénea; y en definitiva se debe reflexionar que los estratos más esclavizados y revolucionarios del proletariado, como igualmente en la más formidable organización, téngase presente — por ejemplo en el movimiento centralista de los sindicatos obreros — constituyen siempre una minoría en el proletariado y en la sociedad. Por lo tanto, un armamento general del proletariado significaría siempre que los numerosos y atrasados estratos proletarios recibirían en sus manos las armas, que pueden muy bien verse contra la minoría proletaria revolucionaria.

Aun en el caso de que bajo la palabra de orden armamento del proletariado se entienda el armamento de determinados grupos o tendencias revolucionarias, esa divisa no es de ninguna manera una divisa emancipadora.

Con esto no solamente la burguesía,

¿quién de nosotros podía dar consejos al otro? Todos estábamos más o menos aturridos por los terribles acontecimientos.

En Vladivostok, a pesar de la proximidad de los japoneses, era la situación un poco mejor. Stenkevich fué nombrado por el gobierno de coalición, jefe del departamento de instrucción pública. Aun ocupaba este puesto cuando yo me despedí de él. Cuantas veces me encontré con él, sentía toda la inmensa tragedia de los anarquistas, los cuales, debido a sus concepciones tradicionales, perdieron el terreno bajo sus pies. Uno quería seguir siendo anarquista, pero debía de serlo creyendo imposible ver realizarse el ideal.

El otro anarco-bolchevique, Jaime Galmán, — un ministro anarquista-bolchevista más — no hacía más que gritar que él "perdió el camino hacia la anarquía". Pero, sobre él y los otros hablare en el artículo próximo.

Pido me perdonen el hecho de ser demasiado personalista en los artículos, pero así creo me comprenderán más fácil.

Gr. R.
(Del "Freie Arbeiter Stimme", octubre 7, 1921 mm. 44).

que como clase no presta ningún servicio militar, sino también los elementos atrasados del proletariado servirían a la clase media y a su Estado — y en realidad, por medio del armamento de grupos de élite, el proletariado, en muchos elementos de su propia clase, cae bajo la dictadura arbitraria de una guardia mercenaria que, de su parte, se convierte en un débil instrumento de algunos partidos dominadores dictatoriales absolutos. Por otra parte, con semejantes grupos de minorías armadas, no existe ninguna garantía para la estabilidad y la seguridad revolucionaria del proletariado, como tampoco de que obren por sinceridad y devoción a la causa de la revolución y no de sus intereses, los gobernantes y los jefes.

El primer argumento contra esa fórmula de la lucha revolucionaria se ofrece en el hecho de que el armamento del proletariado deja intactos en la sociedad todo lo que es más importante para la burguesía y la contrarrevolución: las armas, las municiones, el armamento y prosecución de esta producción. De este modo los elementos reaccionarios tienen todo lo que necesitan. Continuando la fabricación de armas es fácil a los patrocinadores burgueses, estatistas, militaristas y capitalistas del dominio y la explotación de los asalariados, comprar todos los elementos antirrevolucionarios, proletarios o burgueses, susceptibles de tomar las armas, enrostrarlos y por medio del dinero o por vías ilegales entrar nuevamente en posesión de armas. La experiencia durante la revolución en la Europa central enseñó esto; no hay que negar tampoco que la brutalidad necesaria, el conocimiento estratégico y la experiencia militarista están de parte de la reacción y no del proletariado, el cual por su fuerza de acción se coloca en un terreno desfavorable para la lucha si quiere combatir la reacción con el método del armamento del proletariado. Los reaccionarios, considerado el problema de la técnica militarista, son superiores al proletariado.

La exactitud del punto de vista antimilitarista en el rechazo del armamento del proletariado encuentra su justificación y confirmación en las experiencias

hechas durante la revolución en Alemania y Austria. Es a aquella fórmula que aquí se reveló completamente reaccionaria, a la que se debe que el proletariado, después de la revolución, en vez de desarmar realmente a la burguesía, destruyendo las provisiones de municiones existentes, suspendiendo en absoluto su producción, disolviendo todas las corporaciones armadas y quitando a éstas las armas, transformándolas en instrumentos de trabajo —, en vez de hacer eso, el proletariado, por intermedio de los social-demócratas y también de los comunistas, dejó crecer el nuevo militarismo.

Haecr aquello era fácil; hay que inculpar a la frase reaccionaria del armamento del proletariado, el que éste, engañado por sus jefes pseudos revolucionarios, se haya preocupado exclusivamente de la creación de un militarismo revolucionario popular, en lugar de abolirlo.

El resultado es que hoy el proletariado está casi completamente desarmado o proporcionalmente poco armado, mientras gran parte de la reacción, la mayoría de la población reaccionaria y particularmente del proletariado en ella comprendido, está optimamente armada y, por consiguiente, abalida la revolución. Piénsese en el armamento policial, como en la creación de un ejército mercenario y el armamento de los campesinos de Austria; piénsese en el Sipó, en el Orgesch, en el Elnwohwer, en el Reichver, etc., de Alemania; piénsese en el ejército rojo de Rusia, que se convirtió en un instrumento para amordazar la verdadera voluntad revolucionaria del proletariado anarquista y sindicalista.

LAS MADRES Y LA GUERRA



Madres, pensad: Una clarinada, un golpe de tambor, una orden de movilización, y esos niños pueden seros arrancados; después de haber sufrido tanto para hacerlos hombres robustos y sanos, la patria os los reclama. Pensad que esa juventud en flor puede ser sepada en el campo de batalla. Declaraos culpables, desde ahora, de no protegerlos contra ese peligro futuro, tan culpables como si viésteis enfermos, no corriédes en su socorro para arrancarlos a la muerte amenazadora.

Sebastián FAURE.



EDIPO

—Yo no ataco a nadie. Pero, si mi enemigo me pega, yo le pegaré a él. Si mi fuerza es igual a mi valor, el agresor llorará su equivocación de haber tomado por cobarde esclavo a un hombre libre y valiente.

Así hablaba Exeiclo y golpeaba su pecho sonoro. Sin embargo, el suave Eubulo sacudía la cabeza en señal de desaprobación. Pero Psicodoro dijo: Oíd una parábola.

Un rey cuya mujer estaba en cinta envió a consultar el oráculo. Ahora bien, Folbos el Tortuoso respondió:

—El que la reina lleva en su seno está señalado por los Dioses para matar a su padre y casarse con su madre. Será el hermano de sus hijos...

—Es la historia de Edipo la que nos cuentas, notó desdenosamente Exeiclo. ¿Té imaginas que nosotros ignoramos esa fábula conocida por todos los niños?

—Tú la conoces, en efecto, como un niño. No la has comprendido. Ninguno, por otra parte, la ha comprendido, ni aun el armonioso Sophocles.

—¡Oh, envidioso! ¡oh, blasfemo! —Y — continuó Psicodoro como si no oyese: — hay, en estas aventuras ilustres, ciertas cosas ignoradas de todos y que deseo enseñaros. Que el que sea capaz de entender, oiga.

Echado para morir sobre el monte Kiteron, Laos veía quebrantadas sus fuerzas, alojarse como un triunfo, el asesino. Entonces aparecieron ante él dos mujeres. Y se dijeron una y otra:

—El que te ha herido de muerte es tu hijo. Miralo marchar gloriosamente hacia la pampa de las bodas incestuosas y hacia el final de su destino. Laos, levantando débilmente su cuerpo y sus dolores preguntó:

—¿Quiénes sois y qué me queréis?

Ahora bien, el rostro de una de las dos mujeres era rígido como el hierro. Pero se retorció los brazos como la impotencia. No respondió nada a la pregunta del agonizante.

La otra era tan bella como la misma Atenas, y tan grave y más soberanamente magestuosa.

Tomó la palabra.

—La que tú ves cerca de mí se llama Violencia. Se calla ahora porque en este momento no tienes fuerza para las locuras que aconseja. Pero te habló otras veces, y la has escuchado. Es por la que mueres miserablemente. Mirala; la reconocerás.

—La reconozco, murmuró Laos. Pero ha cambiado de nombre. Antes, yo la llamaba algunas veces Prudencia, otras Justicia.

La aparición que en un rostro semejante al de Atenas, llevaba una calma más noble todavía, replicó:

—En cuanto a mí, tú no me reconoces ni mi voz ni mis rasgos. Sin embargo, no me separo jamás de esta mala consejera. Cada vez que fué a tí, yo la acompañé. Pero tú no tenías ojos ni or-

dos más que para ella y, cuando yo trataba de hablar, tú me hacías callar ignominiosamente.

El viejo interrogó: —Dime tu nombre, ya que te atreves a acusarme.

—Me llamo Abstención.

—Es un nombre de esclavo y yo era rey.

—Los locos creen, en efecto, cuando se me nombra, que se trata de una esclava que tiembla. Pero algunos sabios no ignoran que mi nombre está más alto que el Olimpo. Y soy poderosa no solamente por encima de Zeus, sino aun por encima del destino que humilla a Zeus y al resto de los vivos.

La Abstención continuó: —Si me hubieses escuchado, tu hijo no te habría herido. Y no correría ahora al pecho materno, fuente infame de donde males quizás incurables brotarán para él y para otros. Oh, hombre, toda acción tiene su causa y produce su efecto. Toda acción es un anillo del círculo de la eouura y de hierro que forjan los hombres ciegos y los dioses carnales. El mal que tienes te hace cometer un mal donde saldrá precisamente lo que tienes. Toda violencia es fecunda y sus hijos, que llevan el mismo nombre, son las furias vueltas contra el que se despoja con su madre. Toda falsedad es fecunda y sus hijas se llaman engaño. Pero el sabio que se rehusa a la violencia y a la mentira, se ha libertado del círculo de hierro y, sobre el templo sereno, está más alto que el destino y más libre que Zeus. Si los sabios fuesen numerosos, muchos anillos caerían y los dioses llorarían, impotentes para volver a forjar la cadena. Pero el destino no teme perder un día el escabel que forman bajo sus pies las cabezas de los hombres y junta los colores y los yugos de que ellos mismos se cargan. Porque siempre los sabios serán escasos.

—¿Qué me importan estas cosas — dijo Laos — en la hora en que voy a morir?

—¡Oh, presuntuoso, gimió la Abstención, tú hablas como si supieses lo que es la muerte...

Exeiclo advirtió: —La Abstención no habría podido hacer tales discursos a Edipo, porque Edipo sufrió una situación que no había creado.

Pero Psicodoro dijo: —La Abstención hace oír a todos los moribundos palabras análogas. Dijo a Agamenón bajo la red fatal: "Si no hubieses sacrificado a Iphigénsea..." Dijo a Kiltreustra bajo el puñal de su hijo: "Si hubieses tenido a Agamenon..." Dijo a Oreste: "¡Oh, vengüenza! ha sido preciso que el círculo fuese roto, que los dioses fueren menos malos que los hombres..."

—Yo te pregunto lo que pudo decir a Edipo, insistió el discípulo hostil.

Aquello que los dioses nombran temblando, Abstención, y que el tartamudeo de los mortales llama a veces Prudencia dijo a Edipo, cuando quedó solo en el bosque de Kolonos:

—Si no hubieses matado, no habrías matado a tu padre.

Edipo plegó los labios amargamente y replicó, violento como con Tiresias, asperamente burlón como con Krón: —¡Oh, decidora de ingenuidades inútiles!

Pero la Abstención gritó: —Eres tú el que un día hiciste un gesto ingenuo e inútil: el día en que sacaste los broches de oro del vestido de Yocasta, te arrancaste los ojos. ¿Qué ingenuo e inútil este gesto! Porque fuiste siempre un ciego, pues no sabías ver un pariente en cada hombre que encontrases, no reconocías un hermano en todo Efimero de tu edad, un hijo en cada niño y en cada viejo un padre.

—Soy la violencia, soy el verdugo. —No te quiero a mi lado. Cumple tu misión donde no hiera ni olfate el olor de la sangre de tus víctimas. —Tu trono es tan tuyo como mío: no me voy. —Suprimiré en mis Estados la pena de muerte. —No importa. Me verás junto a tus soldados. ¿Vas a dejar acaso de ordenarles que disparen contra el pueblo cuando entre en tu palacio y te deponga?

Mandaré que prendan a los revoltosos, pero que respeten sus vidas.

—¿Y qué? No dejaré de ser el mismo. Seré quien les ponga los grillos y les ate las cadenas; seré quien les encierre en los calabozos y les vigile desde la reja; seré quien les sirva el rancho y les vea morir lentamente, maldiciéndolos a tí y a mí, lo mismo que mueren hoy un poco más de prisa.

—Suprimiré las cárceles con tal de no verte.

—No devarías. mira desde tu balcón el pueblo amotinado; te llama déspota y pide tu cabeza.

—Tienes razón, amigo mío. Aunque vas manchado de lágrimas y de sangre, dame el brazo.

—¿No te lo decía yo? No puedes tratarme de irreverente. Soy tu inseparable compañero.

Un hombre manchado de lágrimas y de sangre, armado de un hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en una de las gradas del trono y se sentó junto al rey.

—¡Villano! — gritó el monarca. —¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de sangre vienes. Has cometido algún crimen.

—¿Sé quién eres, — contestó el villano, — y sé también que me lo debes a mí. Sin tí podría yo vivir: tú, sin mí, no. Mis crímenes son los tuyos. La sangre que me mancha te ha manchado a tí antes.

—¿Quién eres?

—F. Pi y ARSUAGA.

—Soy la violencia, soy el verdugo.

—No te quiero a mi lado. Cumple tu misión donde no hiera ni olfate el olor de la sangre de tus víctimas.

—Tu trono es tan tuyo como mío: no me voy.

—Suprimiré en mis Estados la pena de muerte.

—No importa. Me verás junto a tus soldados. ¿Vas a dejar acaso de ordenarles que disparen contra el pueblo cuando entre en tu palacio y te deponga?

Mandaré que prendan a los revoltosos, pero que respeten sus vidas.

—¿Y qué? No dejaré de ser el mismo. Seré quien les ponga los grillos y les ate las cadenas; seré quien les encierre en los calabozos y les vigile desde la reja; seré quien les sirva el rancho y les vea morir lentamente, maldiciéndolos a tí y a mí, lo mismo que mueren hoy un poco más de prisa.

—Suprimiré las cárceles con tal de no verte.

—No devarías. mira desde tu balcón el pueblo amotinado; te llama déspota y pide tu cabeza.

—Tienes razón, amigo mío. Aunque vas manchado de lágrimas y de sangre, dame el brazo.

—¿No te lo decía yo? No puedes tratarme de irreverente. Soy tu inseparable compañero.

Un hombre manchado de lágrimas y de sangre, armado de un hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en una de las gradas del trono y se sentó junto al rey.

—¡Villano! — gritó el monarca. —¿Cómo te atreves a cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de sangre vienes. Has cometido algún crimen.

—¿Sé quién eres, — contestó el villano, — y sé también que me lo debes a mí. Sin tí podría yo vivir: tú, sin mí, no. Mis crímenes son los tuyos. La sangre que me mancha te ha manchado a tí antes.

—¿Quién eres?

—F. Pi y ARSUAGA.

Subscription del Suplemento y "La Protesta" inclusive, \$ 2.- mensuales

Núm. suelto: 0.10 cts.



Entre el capitalismo y la religión, entre los explotadores y los santificadores de la explotación existe un convenio de apoyo recíproco para defender el privilegio de la holganza, de la riqueza y del parasitismo. Los trabajadores deben luchar por su emancipación contra todas las resistencias que representan el pasado, la ignorancia y la esclavitud.

¿ANARQUISMO O ESTATALISMO?

Había respondido ya a las objeciones que me hizo el *Comunista* de Milán (que ahora aparece diariamente en Roma), des pues de un artículo mío — "Comunismo anárquico y comunismo dictatorial" —, que publicó en *Umanita Nova* en Agosto, cuando lei en la revista *Cuasi* de Buenos Aires (la quinceava de octubre) otro artículo polémico de Oreste Ristori sobre el mismo argumento y de refutación al mismo artículo mío.

Para responder a Ristori debería repetir muchas de las cosas que ya he dicho en la respuesta al *Comunista*. Pero, en homenaje a los lectores no lo haré, contentándome con recomendar la lectura de mi artículo "Historia y Anti-historia" publicado en los números de *Umanita Nova* correspondientes al 23, 24 y 25 de noviembre ppto. Aquí diré únicamente lo que no he dicho antes.

Comienzo diciendo que el método polémico de Ristori es muy discutible. En el título que da a su artículo habla ya de "misericordia" de mis argumentos, pero luego a tal miseria le dedica ocho o nueve columnas de la revista; y otras dos o tres columnas le habla ya dedicado el *Comunista* de Milán. ¡Signo evidente de que son todo lo contrario de miseria! E insiste, hablando de fragilidad de mis argumentos, de hábiles juegos de palabras que yo haría, etc. Pase lo de la fragilidad, ya que todas las cosas humanas son frágiles! Pero en cuanto a "juegos de palabras", creo que Ristori está muy equivocado: para mí, anarquismo significa anarquía, es decir ausencia de gobierno; y por consiguiente estoy en mi lugar.

Es a él a quién más bien le corresponde explicarnos cómo de las premisas anarquistas se puede llegar, sin juegos de palabras a su negación; a la afirmación del Estado en su más feroz y tiránica expresión sintetizada en la palabra *dictadura*.

Así también, cuando al final de su artículo dice que no cuenta nada, salvo un pequeño esfuerzo mental, el juzgar olímpicamente de las cosas de Rusia lejos del teatro de la revolución y a cubierto de pelteiros, y que es muy cómodo hacer tabla rasa de las instituciones burguesas a golpes de pluma y sentado a la mesa, le hago observar que Buenos Aires está mucho más lejos de Moscú que Bolonia. E imagino que también Ristori escribe sus artículos con la pluma y sentado ante una mesa, y no por esto habrá renunciado a combatir las instituciones burguesas.

Corra o lejos de los hechos, los anarquistas conservamos íntegro el derecho de opinión y de crítica y lo usaremos siempre a nuestro beneficio. En el caso actual tenemos el deber de decir lo que pensamos, no solamente por lo que respecta a Rusia, sino para impedir con todas nuestras fuerzas que errores semejantes produzcan tarde o temprano en nuestros países los mismos terribles efectos que han producido en Rusia.

Además, si es cierto que yo personalmente estoy lejos de Rusia — también Ristori está lejos — hay muchos compañeros anarquistas rusos que piensan como yo y que por pensar así y hacer propaganda de sus ideas y obrar consecuentemente con ellas en Rusia sufren las peores persecuciones, muchos están en la cárcel y algunos han sido fusilados. En cambio los ex-anarquistas, que gozaron al partido de la dictadura, gozaron las simpatías del gobierno bolchevique, muchos son funcionarios y se convirtieron en miembros de esa *clase dirigente* que poco a poco va substituyendo en Rusia a la que fué derrotada, con los mismos caracteres y con la misma desventaja para la generalidad del proletariado.

Pero dejemos a parte el método polémico y vayamos al fondo de la cuestión.

Ristori niega que todos las revoluciones pasadas hayan naufragado porque no confiaron para la resolución de sus problemas a nuevos gobiernos que este-

blecieron nuevas dominaciones de clase. Dice que las revoluciones precedentes no naufragaron del todo, sino que al contrario, todas esas revoluciones alcanzaron perfectamente los objetivos que se habían propuesto, es decir, el cambio de gobierno o de los hombres en el gobierno. Según Ristori, las revoluciones pasadas han conducido a nuevas tiranías, a nuevas explotaciones por la simple razón de que la conservación del privilegio de clase, del despotismo, la explotación, etc., fueron precisamente sus principales objetivos.

Si Ristori tuviese razón, le tendría también para decir que mi interpretación de las revoluciones pasadas es poco histórica e infantil. Pero yo creo que la poca histórica es la suya.

No es cierto que las revoluciones pasadas se propusieran como objetivos la conservación de los privilegios de clase, del despotismo, etc. Los programas que las animaron, que impulsaron a las multitudes al sacrificio y a la lucha para hacerlos triunfar, han sido siempre programas de liberación, aspirantes a una mayor libertad e igualdad, hostiles a los privilegios de clase de su tiempo y a las tiranías políticas. Esos programas fueron traicionados por los gobiernos que se constituyeron en el seno de las revoluciones, no tanto por mala voluntad de los hombres (aunque esta tuvo también su parte) cuanto porque los gobiernos se convirtieron en los exponentes de nuevos intereses privilegiados. Y no podía ser de otro modo.

Es inútil remontarse a las más antiguas revoluciones — como, por ejemplo, la revolución cristiana y la revolución protestante — porque en ellas concurren muchos factores distintos, y como están tan lejanas en el tiempo se hace demasiado engorrosa la crítica histórica. Pero es innegable que esas dos revoluciones, antes del triunfo, contenían reivindicaciones de libertad y de bienestar, y no les eran extrañas verdaderas y propias tendencias al comunismo.

Hablando de las revoluciones, como experimento histórico de métodos, nosotros preferimos sobre todo referirnos a las revoluciones modernas: a la revolución de 1789-93, a las revoluciones europeas del año 1848, a la Comune, y, en fin, a las revoluciones últimas, especialmente a la grandiosa revolución rusa que todavía está en vías de desarrollo pero cuyos resultados ya pueden servirnos de útil enseñanza. He dedicado al examen de estas revoluciones algunos capítulos de un reciente libro mío y no voy a repetirme aquí. Por lo demás, el estudio de ellas ya había sido hecho por nuestros escritores — Proudhon, Bakounine, Kropotkine, Piscane, etc. — quienes derivaron su concepción libertaria de la revolución, como deducción lógica de la realidad y no como doctrina apriorística y abstracta.

He hablado bastante extensamente en el ya citado artículo "Historia y anti-historia" publicado en *Umanita Nova*, de cómo la revolución francesa del 1789-93 tuvo en su período ascendente un programa liberador y cada vez más igualitario. No es cierto, pues, que ella tuviese por objetivo el establecimiento de nuevos privilegios y nuevas tiranías. Estas fueron, es cierto, las consecuencias; pero no eran esas las intenciones de los revolucionarios de la época. Robespierre, lo mismo que Lenin, declaraba que los enemigos del pueblo son los viciosos y los ricos. Luis Blanc encuentra ya en el proyecto de declaración de los derechos del hombre del abate Sleyes (uno de los hombres más moderados de la revolución), presentado el 20 de julio de 1789, una de las conclusiones más atrevidas del socialismo moderno: "de cada uno según sus facultades y a cada uno según sus necesidades".

Mucho más se podría decir a propósito de las revoluciones de 1848, particularmente de la parisiense. El programa de ésta fué esencialmente socialista y la esperanza de una verdadera transformación social en sentido antiburgués, anticapitalista, la guió desde febrero a

Junio de 1848, es decir, hasta que el gobierno provisivo, en el que el pueblo tuvo el error de confiar, se apartó como de un escenario en ruinas para ceder el puesto a los fusiladores del pueblo.

Oreste Ristori se engaña. Todos los pioneros de la revolución reivindicaron siempre la igualdad y la libertad para el pueblo; y en todos los tiempos el pueblo participó en la revolución para conquistar la libertad y la igualdad. Ninguna revolución tuvo por objetivo la conservación del privilegio y la tiranía. Todas se propusieron un cambio de gobierno o de los hombres del gobierno, no como fin de sí mismo, sino porque de este cambio esperaban una modificación substancial en las condiciones económicas y políticas del pueblo. El pueblo salió siempre desilusionado, y es precisamente por esto que ha llegado la hora de terminar, de decir al pueblo que no es ya una cuestión de cambio de gobierno, que es necesario desconfiar como de futuros enemigos de los hombres que quieren ir al gobierno y que hay que prepararse a combatir a cualquier gobierno que, aprovechando la revolución, tome el puesto de los gobiernos actuales.

La cuestión histórica, promovida nuevamente por Ristori, del contraste entre los programas, las aspiraciones y las promesas de las revoluciones pasadas y sus efectivos resultados, merecería un desarrollo más amplio que el que puede dársele en un artículo de diario. Si Ristori insiste en su tesis volveremos a hablar de esto por separado. Está el experimento ruso, tan trágico e inmenso, que día a día va confirmando todas nuestras inducciones y deducciones — que no son dictadas por apriorismo doctrinario sino que, al contrario, derivan la doctrina anarquista de los hechos concretos, de la observación directa de los hombres y de las instituciones en sus cambios, tal como se desarrollaron en el pasado y como se desarrollan actualmente.

Pero por ahora bastará haber demostrado el error en que ha caído Ristori. Y pasemos a otra cosa.

A propósito de la dictadura, Ristori trata, en su artículo, de la cuestión del Estado, importantísima como todos saben, puesto que se refiere a la esencia misma del anarquismo. El anarquismo es la negación del Estado, no sólo como forma de sociedad futura más o menos lejana, sino también como concepción de la vida y de la lucha, como modo de acción y de resolución de los problemas contingentes, como movimiento de partido y de masas, día por día, y como dirección de la revolución. Si no fuese así, si el anarquismo fuese solamente una previsión o una aspiración doctrinaria a una futura sociedad sin gobierno, anti-autoritario y antiestatal, sin aplicación práctica y coherente al movimiento del proletariado y de la revolución, sería casi completamente inútil, y podrían darse el lujo de llamarse anarquistas hasta los peores enemigos del proletariado y de la libertad.

Ristori considera erróneo el concepto bolsho del Estado que entre los anarquistas prevalece. En realidad no hay un concepto "bolsho" del Estado. Juan Bovio tiene una concepción estatal propia, pero los anarquistas nunca la hicieron suya; de otro modo serían... republicanos. En todos sus libros, especialmente en la *Necesidad del Derecho*, Bovio sostiene la necesidad de un estado democrático, republicano, que dé siempre una mayor libertad a los súbditos, pero que quede como medio *proporcionado* contra las partes contrarias de una nación. Mira con simpatía al anarquismo, pero simplemente como un "absoluto inabarcable".

Las páginas de la "Doctrina de los partidos" que los anarquistas reproducen y citan tan a menudo, no expresan un concepto propio del autor, pues en ellas Bovio, por el año 1880, no hacía más que repetir sintéticamente el pensamiento de los anarquistas, y hasta agregándole algún defecto suyo. El defecto consistía en una especie de fatalismo progresista, según el cual la historia iría hacia la anarquía; mientras que al contrario, si nosotros, si con todas nuestras fuerzas y la esperanza de una verdadera transformación social en sentido antiburgués, anticapitalista, la guió desde febrero a

completamente excluido el caso de que la señora historia nos lleva hacia atrás, a peores tiranías, y nos haga detener tanto tiempo en el camino como para hacer que la anarquía se convierta efectivamente en un mito inalcanzable!

Pero este defecto, que especialmente domina la concepción anárquica de Kropotkine, no afecta a nuestro argumento. La concepción resumida, pero no suya, y más bien, apenas indicada por Bovio, de la necesidad de la orientación anárquica de la revolución y de la negación del Estado como factor positivo de revolución, había sido formulada y desarrollada ampliamente y completamente por Proudhon, por Bakounine y en el seno de la primera Internacional. Por lo tanto la concepción del Estado criticada por Ristori no es bolsho sino bakouniniana.

A parte la exactitud de la expresión, mucho mayor en Bakounine, es él quién ha escrito páginas maravillosas, y no pocas frases como Doylo, unos diez años antes que éste, para demostrar que el Estado genera la tiranía, la explotación, el privilegio, etc.

Oreste Ristori no está de acuerdo en que el Estado genera tiranías, explotaciones y privilegios. Dice que los anarquistas incurrimos con esto en el mismo defecto de aquellos que sostienen que la máquina genera la electricidad, el magnetismo, la luz, etc., siendo que la máquina puede producir también cosas diversas y fenómenos diferentes y opuestos.

No hay ninguna relación lógica en el parangón. En realidad no es la "máquina", término abstracto, la que genera algo. Hay diferentes clases de máquinas, y algunas generan luz, calor, electricidad, (no las crean, se entiende, pero las obtienen por medio de transformaciones químicas y físicas) así como otras generan... tantas otras cosas. Hay máquinas con las que se fabrican instrumentos útiles a la vida, y otras con las que se fabrican espadas, cañones, gases asfixiantes, nocivos a la humanidad. Pero, salvo casos especialísimos, la misma "máquina" no sirve para usos diversos y opuestos. Una máquina frigorífica dará hielo y no podrá servir de... termosifón!

Si aceptamos la manera de parangonar de Ristori, podemos decir que el Estado es una especie de máquina, por medio de la cual las clases diligentes oprimen a los pueblos. Para hacerla funcionar es siempre necesario que haya una clase dirigente y una clase oprimida. Constituida de modo de generar opresión, no es posible esperar de ella frutos de libertad. Tanto más cuanto que el Estado no es una máquina de materia inerte que, con el martillo, la lima, etc., se puede adaptar de algún modo a un uso distinto del originario; está compuesto por hombres vivos, y hombres vivos con sus intereses y pasiones, con sus defectos humanos, etc., por los cuales una vez que se les ha confiado el poder supremo sobre toda la colectividad, serán, por este mismo poder, puestos en una posición de privilegio, y por medio del poder tenderán a perpetuar su función, a crear a su alrededor en la clase dirigente que constituya una razón de ser para el Estado.

Ristori mismo dice que una máquina produce aquello para lo que ha sido construida, según las funciones y los fines determinados para que ha sido creada. Y cómo es posible, entonces, esperar una obra revolucionaria y libertariz del Estado — en el sentido usual de la palabra, de gobierno que con la violencia y con las leyes impone su voluntad a los súbditos — que tiene funciones conservadoras, fines de privilegio de clase y propósitos de coartar y limitar la libertad de los que no lo componen ni lo sostienen? A través de la historia siempre apareció así la función del Estado; — de esto Kropotkine hizo una maravillosa demostración documentada (1) — y sólo por una ilusión óptica se ha creído durante algún tiempo que en las revoluciones haya representado una fuerza propulsiva, mientras que tampoco entonces fué más que el limitador, el frenador y el desviador de la revolución.

Pero, advierte Ristori, el Estado no es más que una máquina administrativa; en manos de los burgueses ejerce funciones de tutela y defensa de los intereses burgueses; en manos de los prole-

tarios defenderá, naturalmente, los intereses del mundo proletario, con el mismo celo que los administradores de las organizaciones obreras (pequeños estados en formación) tutelan los intereses de los organizados.

En el fondo, esto es lo mismo que nos dicen los socialistas autoritarios desde hace cuarenta años. El parangón de Ristori ha sido hecho muchas veces también por Prampolini. ¡El gobierno es un vaso que vale por lo que se le echa dentro! Pero no es así, no ha sido nunca así, y ni siquiera puede ser así en lo sucesivo. No se trata de un vaso apto para contener cualquier cosa, sino de un vaso que puede contener, por su naturaleza y estructura, solamente una condición de privilegio para unos cuantos y de inferioridad para las mayorías. Por esta razón combatimos desde hace cincuenta años el socialismo autoritario.

¿El Estado una máquina administrativa? ¡No embreme! Es cierto que hoy los gobiernos cumplen también funciones administrativas, de utilidad pública, pero las cumplen muy mal, y mucho mejor las cumplirían las organizaciones privadas: además, las funciones administrativas le sirven al Estado para reforzar su poder y las emplean como instrumento de corrupción, de favoritismo y de robo.

Pero no es esa, en realidad, la función maldica que más reprochamos al Estado y por la que queremos su abolición.

Si el Estado fuese solamente una oficina organizadora de correos, telégrafos y ferrocarriles, constructor de puentes y caminos, encargado de hacer las estadísticas de la población, la producción y los cambios, etc., sin una propiedad suya, sin poder coercitivo, sin medios materiales para obligar a los súbditos a acatar sus leyes y sus caprichos, entonces... criticáramos lo mismo su mastodóntica organización, en gran parte improductiva, parasitaria, deficiente, inapta; le miraríamos el peligro de que en el porvenir se transformase en algo peor aún; y por ello querríamos desmontar esta máquina, aconsejaríamos una descentralización de sus funciones, y así sucesivamente. Pero, limitado de este modo el Estado no sería por cierto un instituto tan dañoso, maldico, tiránico e injusto como el que los anarquistas criticamos, y que es el Estado verdadero, real, existente, y no el inexistente, imposible e hipotético Estado, simplemente administrativo, de que habla Ristori.

Los anarquistas combatimos también al Estado centralizador de las funciones administrativas, pero luchamos sobre todo contra el Estado *autoridad-política*, el Estado polizote, gendarme, militar, magistrado, aduanero, agente recaudador de impuestos, carcelero y verdugo; el Estado que hace defender la propiedad por los soldados, el Estado que impone por la fuerza su tipo de organización, sus leyes, sus escuelas; que coarta nuestra voluntad y limita nuestra libertad de acción según sus intereses y los de la clase que lo mantiene en el poder. Aquí no hay más una cuestión de "administración"; la máquina que Ristori llama administrativa, es en realidad opresiva, tiránica, trituradora de todas las libertades que no sean las de aquellos que la dirigen y sostienen.

No hay parangón posible entre el Estado, gobierno coercitivo, y las administraciones sindicales, en las que los administradores no tienen ninguna facultad para imponer su voluntad por la fuerza a los socios. Hablo, entendiéndose, de las organizaciones sindicales tal como surgieron del espíritu de resistencia y revolucionario del proletariado, y no de aquellas que se han desviado hacia el corporativismo más estrecho y egoísta y hacia el reformismo autoritario. Es muy cierto que estas últimas corporaciones quisieran ser pequeños gobiernos en formación, pero son precisamente estas las que el anarquismo combate con mayor encarnizamiento en todas las naciones, porque obstaculizan, impiden y combaten todo movimiento revolucionario. Y son antirrevolucionarias, entre otras razones, justamente porque son, ya o pretenden ser gobiernos en miniatura. Lo bien de la revolución, el modo de quebrantar y vencer a la contrarrevolución, sin necesidad de recurrir a la dictadura, que es también una contrarrevolución, y no aceptarla, sin más, como una fatu-



ESCENAS DE LA VIDA

lidad inexorable e inevitable.

Pero la objeción de Ristori no tiene importancia: probable o cierta la tentativa contrarrevolucionaria, será otro tanto probable o cierto el concurso de las fuerzas anarquistas para combatirla, sea autónomamente, por cuenta propia, sea en cooperación con los revolucionarios de gobierno. Ninguna incertidumbre o debilidad a tal propósito, argumente Ristori lo que quiera, existe en nuestras convicciones, o mejor, en nuestros propósitos de anarquistas. Pero para nosotros combatir la contrarrevolución no significa absolutamente correr a reforzar al gobierno sedicente revolucionario — como erróneamente él deduce. Del mismo modo que reforzar el gobierno dictatorial no significa absolutamente combatir la contrarrevolución, sino más bien introducirla en la misma ciudadela revolucionaria.

Puede darse, naturalmente, que en el juego de las diversas fuerzas, en la lucha contra las tentativas reaccionarias, el eventual gobierno revolucionario obtenga para sí alguna utilidad política del impulso desinteresado de los anarquistas al batirse contra los enemigos de la revolución; es decir, que la dictadura logre explotar el ardor revolucionario de los anarquistas, sus adversarios, pero esto no estará por cierto, en la intención de los anarquistas, que tendrán que esforzarse por evitarlo. Nuestra propaganda desde ya tiende a preparar fuerzas anarquistas conscientes, tales que valgan en una revolución para dar a ésta el carácter más libertario posible; fuerzas anarquistas suficientes para cooperar con todos los revolucionarios en el abatimiento del Estado burgués, en la lucha contra las sucesivas tentativas contrarrevolucionarias (probables o ciertas, como le parecen a Ristori) sin dejarnos absorber por gobierno alguno y espíritu de revuelta, su actitud de oposición, de izquierda, ultrarrevolucionaria, contra el mismo gobierno que eventualmente surges de la revolución y se sobrepusiera a ella.

Prescisamente por que la doctrina anarquista es la más positiva y realista; la menos doctrinaria de las doctrinas, y no se apoya en las nubes de lo absoluto, prevé que la revolución puede tener un desarrollo no anarquista, conducir a nosotros diferentes a las que nosotros queremos, y dar lugar, por consiguiente, a la formación de un nuevo gobierno. Quiere decir que los anarquistas con-

tinuarán todavía combatiendo por la anarquía; y en la espera, harán lo mismo que hacen hoy; defenderán las libertades y autonomías populares contra la invasión y la prepotencia gubernativa, y procurarán influir desde abajo, por medio de la acción directa proletaria y popular, para que (como dijimos más arriba), el gobierno sea lo menos autoritario, lo menos tiránico, lo menos *Estado posible*. Ristori, en cambio, aceptando preventivamente como una dulce fatalidad el nuevo Estado, y queriéndolo dotado del máximo de poder y de fuerza y consolidado contra todas las oposiciones, es decir, queriéndolo hacer lo más *Estado posible* que pueda, trabaja para un fin diametralmente opuesto al de los anarquistas.

Le repito a él lo que le decía al *Comunista* de Milán. Que se pueda ir hacia la abolición del Estado, que se haga *transitoria* la existencia de un gobierno reforzándolo lo más posible, concentrando en él todos los poderes, económicos, políticos, policiales y militares, y sofozando a su alrededor toda oposición, es un absurdo tal del que sólo la dialéctica marxista — hermana de la sofística católica — es capaz.

El fundamento de la conversión de anarquistas en partidarios de la dictadura, me parece semejante al de aquellos anarquistas que durante la guerra mundial se hicieron partidarios de la guerra a favor de algunos gobiernos contra otros. Unos y otros han quedado desorientados por el hecho imprevisto, unos por la guerra y otros por la revolución rusa, y del mismo modo se convirtieron, como refiriéndose a los primeros se expresaba Emilio Malatesta, en *anarquistas de Estado*. Vale decir, no más anarquistas, aunque sean... transformados.

Que Ristori es uno de estos lo demuestra su misma incompreensión de los más elementales conceptos anarquistas, que él interpreta del modo más arbitrario. En efecto, yo decía en mi artículo publicado en *Umanita Nova* que: cualquiera sea el gobierno que se constituya independientemente de nosotros (*precisamente porque nosotros no queremos participar en él y no porque sea posible lo contrario*), se obtendrá que el tal gobierno sea menos autoritario no sólo oponiéndonos a él, sino también *ejerciendo directamente aquellas funciones sociales y de defensa revolucionaria* para las que prometimiento el gobierno es considerado indispensable.

Es en el fondo el viejo concepto de

los anarquistas, de que la sociedad puede ser organizada libertariamente, a través de la acción y de la asociación de los interesados para las varias funciones de la vida social, y que desde ahora, en lo que es posible, los hombres libres deberían habituarse a obrar sin el Estado, ignorándolo para todas aquellas funciones a que puedan proveer, organizándose por sí mismos y por propia iniciativa. Esto será tanto más posible, y el campo de la organización voluntaria y de iniciativa libre, individual y sobre todo colectiva, será tanto más vasto al día siguiente de la revolución, cuanto más los viejos instrumentos de represión hayan sido quebrantados y el nuevo gobierno eventual sea demasiado débil para impedir a las minorías organizarse a su modo.

Y bien, esta simple alusión mía a las "funciones sociales" que podrían libre y voluntariamente ser ejercidas por la minoría anárquica y ultrarrevolucionaria en el seno de la revolución, es interpretada por Ristori como una tendencia a formar otro gobierno, aunque no se le dé ese nombre!

Hace alguna broma sobre esto y pregunta: "¿Pero qué son estas funciones... sociales, sino las funciones del Estado, como el delineamiento de planes ofensivos y defensivos, dar órdenes, establecer condiciones, obligaciones, deberes, en una palabra, dictar lo que se deberá hacer o no durante la revolución?" Pero, no! no! no! Nada de dictar, ni ordenar, ni obligar, ni mandar a los otros, sino organizarse entre aquellos que están de acuerdo, entre anarquistas y los trabajadores que con los anarquistas tengan más afinidad, en lugares donde las fuerzas anarquistas prevalezcan, etcétera, en comunidades libres, para proveer a las necesidades colectivas, para trabajar y producir y cambiar los productos de su trabajo sin ingerencias gubernativas, y para cooperar voluntariamente, previos acuerdos con todos los otros revolucionarios, en la defensa de la revolución contra las probables tentativas reaccionarias.

La organización soviética rusa de los primeros tiempos, cuando era aún verdadera encarnación popular y proletaria y no se había transformado en un pasivo mecanismo burocrático gubernativo, era un tipo de asociación en el cual la acción anarquista podría desarrollarse bastante. Pero están también las otras formas de organización, por oficio, cooperativas, etc., que podrían proporcionar la manera de cumplir las funciones sociales necesarias a la vida, sin necesidad del gobierno y sin constituir ellas mismas una autoridad gubernativa y coercitiva.

Así para la defensa de la revolución, los revolucionarios que quisieran obrar sin someterse al nuevo gobierno, podrían, sin necesidad de constituir otro, organizar sus fuerzas en grupos de acción e insurreccionales para la lucha — lo que no tendría ninguna semejanza, precisamente por ser ellos formados por voluntarios, y por su independencia, con el llamado "ejército rojo" que agrada a Ristori, que es un ejército como los burgueses, reclutado por la fuerza, por medio del servicio militar obligatorio y sometido a la autoridad política y militar del gobierno. No está excluida la posibilidad de que estas fuerzas libres puedan cooperar en los momentos de peligro con el "ejército rojo" de que habla Ristori, ya sea por fortuita coincidencia de sus esfuerzos, ya en virtud de verdaderos acuerdos y de necesidades y recíprocas transacciones en el interés superior de la revolución, contra un peor enemigo común.

Pero Ristori se aferra a estas mis hipótesis para decir que yo habría *ideado* no sé qué organización "semi-anárquica y semi-militaresca", y quiere saber las modalidades, si habrá Estados Mayores, Comisarios de Guerra, etc. ¡Por favor! Yo dejo a los autores de un gobierno el establecer a priori lo que por fuerza se deberá hacer; es natural que ellos lo hagan, porque quien quiere gobernar a los otros debe hacer saber cómo los gobernará. Yo no he hecho ningún proyecto, ni me agrada los proyectos sobre medida para el porvenir. No creo en la asociación automática y por telepatía colectiva, y por eso he combatido siempre en el movimiento anarquista a los individualistas y a los antiorganizadores, y siempre he patrocinado

la organización voluntaria, coordinada, permanente, concreta en el fin y en los medios de obrar, convencido de que no sólo es posible la organización sin la autoridad, sino de que tal es el mejor y más eficaz tipo de organización.

Los anarquistas y todos aquellos que están de acuerdo con ellos, se organizarán en el seno de la revolución, desde el principio, si quieren sacar de sus fuerzas todos los frutos esperados — para imprimir a la revolución con su esfuerzo unánime y coordinado, la orientación más libertaria posible, para trabajar contra las tendencias autoritarias y obstaculizar el desarrollo de nuevas tiranías y nuevas explotaciones, para combatir con la acción y a mano armada a los viejos opresores y explotadores que intentarían levantar la cabeza. Y serán ellos, quienes, al organizarse, establecerán las modalidades, el funcionamiento interno, los medios prácticos ejecutivos de su organización. Pero justamente porque serán anarquistas, aun con todas las transacciones, que también sobre este terreno podrán ser impuestas por el ambiente, por las circunstancias y necesidades inherentes a la revolución, sabrán descartar inexorablemente los medios de gobierno dictatorial, que señala Ristori, quien no sabe libertarse de la fraseología jacobina y de los arcos de guerra de los regímenes burgueses.

Mientras exista un gobierno, aunque sea sedicente revolucionario, más o menos dictatorial, más o menos liberal, — en suma, como se quiera — naturalmente las minorías anarquistas estarán siempre obligadas, hasta en la lucha, a un mínimo de transacciones sin las cuales les sería imposible vivir y luchar.

Hoy también nosotros transigimos por razones de vida con el mundo burgués, y sufrimos sus condiciones. Para la propaganda misma nos sujetamos a ciertas leyes vigentes sobre la prensa, sobre las asociaciones, sobre las reuniones, etc. Pero una cosa es sufrir, adaptarse al ambiente en ese mínimo indispensable para vivir, y otra cosa es convertirse en defensores del régimen, defender y aceptar el máximo de las imposiciones. Al contrario, lo combatimos porque lo creemos un mal y porque sabemos que podríamos pasarnos sin él, que sin él viviríamos mejor y se aceleraría mucho más el progreso humano. En la misma posición nos encontraremos, aunque sea en proporción menor — por lo menos queremos esperar, — tanto en las relaciones con el exterior como para el desarrollo del movimiento anarquista propiamente dicho, frente a cualquier régimen que, no siendo anárquico, se constituya sobre bases estatales después de la revolución.

Pero Ristori dice que "interpretando en su verdadera esencia" mi pensamiento, la dictadura que los anarquistas combatimos es la que los otros podrían imponernos, y no esa dictadura que nosotros queremos imponer a los otros. ¡Esto es estupendo! Nosotros, precisamente porque somos anarquistas, hemos excluido siempre explícitamente, sin juegos de palabras, el querer imponer a los otros nuestras ideas y nuestra voluntad. De ningún modo, al contrario, todo lo que yo he dicho sobre la organización, insurreccional anárquica, como sobre la organización libre de las relaciones sociales y de las funciones de la vida colectiva, puede ser interpretado en el sentido que dice Ristori, porque yo hablo y he hablado siempre de organizaciones libertarias, a las que pertenecen sólo los que quieren y cuyos pactos valen sólo para aquellos que a ellas se adhieren.

¿Qué hay de dictadura en todo esto, si también como funcionamiento y como fin quedan excluida la conquista del poder, y la base del programa es permanecer siempre autónomos e independientes de todo poder?

Pero Ristori no hace más que atribuirme su mismo pensamiento, que yo rechazo categóricamente. Después dice que siendo necesaria la dictadura del proletariado para la transformación económica en sentido comunista, si un partido debe efectuar esta tarea, éste debe ser el nuestro. ¿Cuál? ¿El anarquista? ¡Pero entonces cesaría por la contradicción que no lo consiente, de ser anárquico! En efecto, ¿cómo podríamos, estando en el gobierno, trabajar para hacer que éste desapareciera? ¿Cómo Ristori, que se jacta de determinista, no

PARASITOS

En medio de una feria unos cuantos payasos
Andaban enseñando encima de un jumento
Un aborto infeliz, sin manos, pies ni brazos,
Aborto que les daba un grande rendimiento.

Los flacos histriones, hipócritas, malvados,
Explotaban así la flor del sentimiento,
Y el monstruo descubría sus grandes ojos vagos;

Unos ojos sin luz y sin entendimiento.
Todos dieron limosna a estos grandes villanos,
Hasta los mismos pobres desnudos casi, aun.
Y yo al ver este cuadro, apóstoles romanos,

Me acordé de vosotros, feriantes de la cruz,
Que audáis el universo ha mil y tantos años
Exhibiendo, explotando el cuerpo de Jesús.

(Traducción de Guerra JUNQUEIRO.

comprende que la función determinaría nuestra actividad, y, convertidos en partido de gobierno, trabajaríamos únicamente para sostenerlo?

Dice Ristori que es absurda y ridícula la idea de que la transformación económica de la sociedad pueda realizarse con procedimientos rigurosamente anárquicos. ¿Por qué? Yo pienso, al contrario, que los procedimientos rigurosamente anárquicos la realizarían mejor; y si tales procedimientos no son posibles ahora al menos, no es porque no sean óptimos, sino porque su bondad es reconocida sólo por una minoría, aun no suficiente para ponerla en práctica. ¡Ristori es, por cierto, un extraño anarquista, que tiene muy poca confianza en el anarquismo como factor de evolución y de revolución!

Y es porque la revolución puede suceder con procedimientos no anárquicos, que las transformaciones económicas no podrá resultar cual quisieramos y no se podrá llegar al comunismo, como efectivamente no se ha llegado en Rusia. La transformación económica será tanto más radical y completa, cuanto más libertaria sea la revolución; y a la inversa, será tanto más superficial, poco profunda e incompleta, cuanto más sea autoritaria. Peor aún si el autoritarismo llega al máximo, concentrándose en la dictadura: el proletariado, bajo nombres nuevos, no hará más que caer bajo una tiranía explotadora, tan odiosa como aquella de que se haya libertado.

Oreste Ristori tras como ejemplo a Rusia. Deje estar a Rusia. Deliberadamente he evitado hablar, o apenas me he referido a Rusia, pero si Ristori quiere podemos también hablar de ella. Pero lo que sucede en Rusia desde hace cerca de tres años lo he tenido presente al escribir esta respuesta a su artículo, porque los hechos rusos son la confirmación mayor de todo lo que he ido exponiendo hasta aquí.

Porque el anarquismo — que no sólo es aspiración a una sociedad futura, sino también una filosofía de la acción y de la práctica — tiene razón no solamente en la fría lógica teórica, sino también y ante todo sobre el terreno positivo de la realidad viva y más contemporánea a nosotros.

Luis FABBRI.

Bolonia, 15 de diciembre de 1921.

(1) Ver especialmente *El Estado, La Ciencia Moderna y la Anarquía, y La Gran Revolución*.

Fé de erratas

En el número anterior del SUPLEMENTO aparecieron algunos errores de importancia en el artículo de Fabbri. Recomendamos se tengan en cuenta los siguientes:

En la página 6, 1.ª columna, línea 27 del párrafo III, donde dice: *obra y a sus espaldas*, debe decir: *obra y sobre sus espaldas*.

En la 2.ª columna, línea 80, donde dice: *contrarrevolución cubierta*, debe decir: *contrarrevolución abierta*.

En la 3.ª columna, línea 54, donde dice: *dedica el mejor*, debe decir: *dedica el menor*.

En la 4.ª columna, línea 62, donde dice: *y obren en este*, los anarquistas, debe decir: *y obren en este sentido los anarquistas*.

En la línea 67 de la misma columna, donde dice: *objetivo*, debe decir: *utópico*.

En la página 7, 3.ª columna, línea 3, donde dice: *esos millones*, debe decir: *esos miles*.

Otras erratas de menor importancia habrán sido subsanadas por los lectores.

Alcemos el egoísmo creador, ascensional, anárquico, contra los egoísmos comunes, regresivos, esclavos, que fundamentan la decadente sociabilidad de nuestros regímenes.

... Ninguna ley social hará por mí progreso lo que yo no haga. Al contrario, trataré de estancar mis energías si ellas se distancian de la ficticia solidaridad pública.

Tampoco me hará sentir el impulso de ayudar a mis semejantes, si mi egoísmo no lo exige. La confusión doctrinaria que impera sobre el génesis de nuestras acciones más ingénnitas, favoreció indirectamente la prepotencia de la moral común. Sólo en motivos de savia y de pertenencia propia se fundan los actos fecundos del hombre, vulgarmente atribuidos al prejuicio de la sociabilidad.

X.

Trabajadores: Concurrid a la gran Función que ha de tener lugar el próximo sábado día 11, en el Teatro Coliseo, Charcas 1109, organizada por la A. ARTE Y NATURA, cuyos beneficios serán destinados al C. pro Presos y a la Fed. O L. B.